

## Imagen nobiliaria y ficción renacentista: la memoria linajística de la Casa de Benavente en un libro de caballerías manuscrito<sup>1</sup>

Ana Martínez Muñoz<sup>2</sup>

Recibido: 19 de junio de 2017 / Aceptado: 17 de abril de 2018

**Resumen.** El presente trabajo se propone profundizar en las relaciones que la Casa de Benavente hubo de mantener con el mundo letrado, a partir de su aparición cifrada en un libro de caballerías manuscrito. En efecto, el padre Miguel Daza, creador del *Caballero de la Fe* (1583), construye en el interior de su obra un decidido elogio de esta familia nobiliaria, por medio de la descripción en la trama de sus posesiones beneventanas y de la activa participación como personaje de ficción de su VIII conde-duque. De su mano, el autor ofrece una interesante recreación literaria de la historia del linaje Pimentel, apoyándose en el auge que las ficciones en clave experimentaron en las postrimerías del género caballeresco. Como podrá comprobarse, los datos proporcionados por la ficción no solo facilitan una privilegiada estampa de la morfología del desaparecido castillo de Benavente, sino también una insustituible aproximación al entorno cultural que debió de rodear a esta casa durante la titularidad de don Juan Pimentel. **Palabras clave:** nobleza; libros de caballerías; difusión manuscrita; *roman à clef*; castillo de Benavente; conde-duques de Benavente; Juan Pimentel.

### [en] Noble image and Renaissance fiction: the memory of lineage in the House of Benavente in an unpublished chivalric romance

**Abstract.** This paper intends to delve deeper into the connections that the House of Benavente must have had with the learned world, based on its encoded presence in a Chivalric manuscript. Indeed, father Miguel Daza, author of *Caballero de la Fe* (1583), builds up a determined praise of this noble family by describing their possessions in Benavente within the storyline, as well as by actively including of its VIII Count-Duke as a fictional character. The author offers an interesting literary recreation of the history of the Pimentel lineage, taking advantage of the boom in encoded fiction during the final stages of Chivalric literature. The data provided by fiction does not only deliver an extraordinary description of the shape of the disappeared castle in Benavente, but its also provides with an irreplaceable approach to the cultural atmosphere that probably surrounded this House during don Juan Pimentel's appointment as well.

**Keywords:** nobility; romances of chivalry; handwritten difusion; *roman à clef*; Castle of Benavente; Earl-Dukes of Benavente; Juan Pimentel.

<sup>1</sup> Este trabajo se vincula al grupo de investigación “Sociedad y literatura hispánicas entre la Edad Media y el Renacimiento» (Ref. UCM 941032) y al proyecto de investigación «Bibliografía Española de Textos Antiguos (II)” (2016-2018, Ref. FFI2015-69371-P, PhiloBiblon), ambos dirigidos por Ángel Gómez Moreno. Asimismo, ha contado para su realización con la ayuda de un contrato postdoctoral UCM-CAM (CT4/17/CT5/17/PEJD-2016/HUM-2701).

<sup>2</sup> Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía. Universidad Complutense de Madrid.  
<https://orcid.org/0000-0001-5331-7085>  
E-mail: anamar05@ucm.es

**Sumario.** 1. Historia y libros de caballerías. 2. El castillo de Benavente, escenario de la caballería de papel. 3. La casa de Benavente en el marco de la ficción: un elogio del linaje Pimentel. 4. Don Juan Pimentel, anfitrión de la caballería andante. 5. Conclusiones.

**Cómo citar:** Martínez Muñoz, A. (2018). Imagen nobiliaria y ficción renacentista: la memoria linajística de la Casa de Benavente en un libro de caballerías manuscrito, en *Cuadernos de Historia Moderna* 43.1, 111-131.

## 1. Historia y libros de caballerías

Una simple consulta de los paratextos de la obra del padre Miguel Daza revela por sí misma que nos encontramos ante una ficción en clave, pues en ellos se exhibe ante la curiosidad del lector el atractivo de esconder entre sus páginas –bajo el disfraz de una antroponimia parcialmente novelesca– a distintas personalidades coetáneas al autor<sup>3</sup>. Así lo anuncia “Agustín de Mora, comisario de provisión de la Armada del rey nuestro señor”, en el poema laudatorio con el que se cierra el manuscrito, señalando entre las cualidades de la *Corónica de don Mexiano de la Esperança* la de constituir una creación que es “de la vida política el trasunto”, siendo asimismo el Caballero de la Fe “de dependencias clara notomía” (f. 376r). De igual modo, la tabla de materias subraya la existencia de un claro correlato histórico en algunos de los fragmentos seleccionados, declarando, por ejemplo, cómo el palacio de Tritoneo de Zamendo sirve de soporte para la “descripción de la casa del duque del Infantazgo en Guadalajara” (f. IIv). Pero, sin duda, son las numerosas *marginalia* del manuscrito los elementos que desenmascaran con mayor eficacia el desfile de grandes cargos del momento oculto en la ficción caballescra, denunciando escuetamente la presencia de personajes tan ilustres como el “duque de Medinaceli” (véase imagen 1).

Esta evidente dimensión de *roman à clef* no debió de resultar extraña a los lectores del momento, en la medida en que había sido condición frecuente en la narrativa alumbrada a lo largo del siglo, tanto en la ficción sentimental como, después, en la pastoril: géneros a los que ahora debemos sumar el de los exitosos libros de caballerías. Pues, efectivamente, frente a la extendida creencia de que sus títulos no encerraban más que un sinfín de “soñadas invenciones”<sup>4</sup>, la recuperación y el examen detenido del corpus caballescra ha ido poniendo de manifiesto la sorprendente cuantía de referencias a la historia coetánea que esconden sus fabulosas peripecias. En este

<sup>3</sup> La *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*, obra del padre Miguel Daza, se conserva en *codex unicus* en la Biblioteca Nacional de España (mss. 6602); datado, de acuerdo con su colofón, en diciembre de 1583. La única referencia a la autoría de la obra figura en el soneto laudatorio inserto al final del manuscrito; no obstante, esta escueta información ha permitido identificar al padre Daza con un examinador de la Facultad de Cánones de la Universidad de Sigüenza –doctorado en dicha disciplina en el año 1544–, precisamente en virtud de su conexión con otras personalidades vinculadas a esta institución insertas de forma cifrada en la fábula. Véase Marín Pina, M. C.: “La verdad de la mentira: armas de linaje y ‘letras de invención’ en *Mexiano de la Esperança* (1583), un libro de caballerías manuscrito”, *Emblemata*, 20-21 (2014-2015), pp. 263-281; Martínez Muñoz, A.: *Edición y estudio de la “Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe”*, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral inédita, 2017, vol. 1, pp. 35-54.

<sup>4</sup> Cervantes, M.: *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 39.

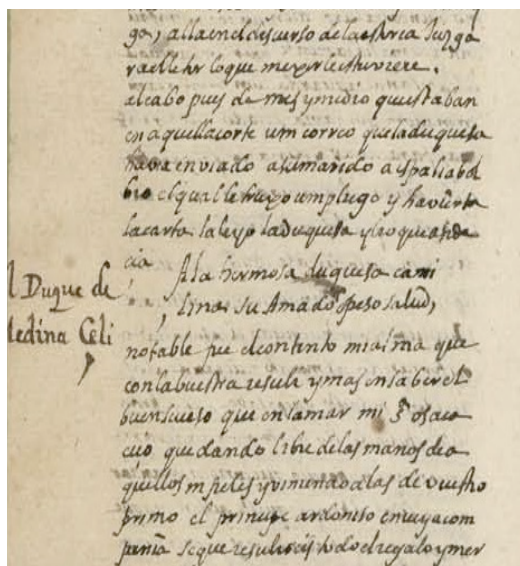


Imagen 1. Ms. 6602, BNE, f. 152v (Biblioteca Digital Hispánica).

sentido, estas ficciones no solo han demostrado presentar más notas de realismo de las que en un principio el concurso del elemento fantástico invitaría a pensar<sup>5</sup>; sino que, además, han evidenciado en muchos casos una marcada voluntad de ofrecer en la configuración de su trama una palpable lectura historiográfica<sup>6</sup>. A este propósito, Javier Guijarro Ceballos ha propuesto el oportuno marbete de “pseudohistoricidad”, para definir “el mecanismo por el que se sugieren mediante la ficción y las líneas básicas del relato situaciones históricas inmediatas, pero siempre de forma implícita y velada”, “sin llegar nunca a constreñir las aventuras del caballero al desvelamiento

<sup>5</sup> Como es sabido, el primero en señalar la necesidad de separar aquellas creaciones en las que el exotismo cede ante una ambientación marcadamente histórica fue el maestro Martín de Riquer, con su conocida diferenciación entre “libros de caballerías” y “novelas de caballerías” (véase Riquer, M.: *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Gredos, 2008, p. 13 y ss), estas últimas configuradas bajo el influjo de corte realista ejercido por el *Tirant* de Martorell (Riquer, M.: “*Tirant lo Blanch*”, *novela de historia y de ficción*, Barcelona, Sirmio, 1992). Más recientemente, una inquietud similar ha llevado a otros investigadores a acotar un subgrupo de obras dentro del género castellano, por su mayor dependencia con la realidad histórica: así, su especificidad ha sido explicada en la originalidad de las creaciones vinculadas al territorio valenciano, según Roubaud-Bénichou, S.: “Cervantes y el *Caballero de la Cruz*”, *NRFH*, XXXVIII/21 (1990), p. 533, nota 23, <http://dx.doi.org/10.24201/nrfh.v38i2.804>; propuesta que amplió después, desde una perspectiva más abarcadora, Guijarro Ceballos, J.: *El “Floriseo” de Fernando Bernal*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, pp. 111-216. A estas referencias habría que añadir los numerosos trabajos que han estudiado la dependencia directa entre la vida caballeresca del Renacimiento y su representación literaria, de los cuales se ofrece una completísima nómina en Cuesta Torre, M. L.: “La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías”, en Carro Carbajal, E. B. Puerto Moro, L. y Sánchez Pérez M. (eds.): *Libros de caballerías (De “Amadís” al “Quijote”). Poética, lectura, representación e identidad*, Salamanca, SEMYR, 2002, pp. 92-95.

<sup>6</sup> En este sentido, resultan fundamentales, por ejemplo, los estudios de M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina sobre la proyección del ideario político del reinado de los Reyes Católicos en la primera etapa del género; véase Marín Pina, M. C.: “La historia y los primeros libros de caballería españoles”, en Paredes Núñez, J. (ed.): *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)*, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. III, pp. 183-192; Marín Pina, M. C.: “La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino”, en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1996, pp. 87-105.

constante de un *roman à clé*<sup>7</sup>. Asimismo, más allá de este interesante terreno fronterizo, la crítica ha confirmado la existencia de dos libros de caballerías a los que cabe considerar como auténticas creaciones en clave, en seguimiento de las cuales hemos de situar al *Caballero de la Fe*.

Significativamente, ambas obras se escriben en la segunda mitad del siglo XVI, compartiendo además su carácter manuscrito. Por lo que, a la luz de lo que acontece también en el libro del padre Daza, parece plausible encontrar en su diseño codificado una buena explicación para su huida de las prensas, en tanto que creaciones pergeñadas para un público restringido. El primero de estos títulos es el *Don Polismán de Nápoles* (compuesto entre 1560 y 1571), obra en la que Jerónimo de Contreras da vida a diversos personajes de la España imperial, como él mismo reconoce en los preliminares:

Estando yo en la ciudad de Nápoles, ilustrísimo señor, a pedimiento del duque de Alcalá, virrey de aquel reino, hize escrevir esta *Historia y libro primero del príncipe don Polismán*, y así ella toca a muchos señores de aquellas vandas, disfraçando los nombres por el mejor estilo que yo pude, y lo mismo algunos de Castilla y Aragón, a quien esta historia toca más que a otro reyno ninguno, por ser don Polismán hijo de don Floriseo, que fue rey de Nápoles, y don Floriseo hijo de Boeón, rey de Aragón<sup>8</sup>.

Por las mismas fechas se compone el *Claridoro de España* (ca. 1560), creación anónima en la que parece proponerse igualmente una doble lectura, según la cual los protagonistas de la trama funcionarían como correlato literario de las grandes figuras de la monarquía hispánica hasta Felipe II, a quien de acuerdo con la tesis propuesta por Rocío Vilches cabría identificar con el personaje protagonista<sup>9</sup>.

De igual modo, la *Corónica de don Mexiano de la Esperança* incluye un considerable número de referencias a acontecimientos, personajes y lugares radicados en la España del siglo XVI<sup>10</sup>, que pueden jerarquizarse en dos niveles diferenciados, de acuerdo con el estatus de sus protagonistas y con el grado de codificación historiográfica de la ficción caballeresca. Así, en un primer nivel, encontramos una alusión “pseudohistórica” al reinado de los primeros Austrias, con la que el autor parece

<sup>7</sup> Guijarro Ceballos, *op. cit.* (nota 5), pp. 207 y 209. En su monografía puede encontrarse una completa bibliografía de aquellos trabajos que analizan la “pseudohistoricidad” en diversos títulos caballerescos.

<sup>8</sup> Mora-Mallo, M.: “*Don Polismán de Nápoles*”, de *Jerónimo de Contreras. Edición, introducción y notas*, tesis doctoral inédita, University of North Carolina, 1979, p. 2.

<sup>9</sup> Vilches, R.: *Edición y estudio de “Historia caballeresca de don Claridoro de España”, libro de caballerías manuscrito inédito*, tesis doctoral inédita, Universidad de Alcalá de Henares, 2013.

<sup>10</sup> Lo que significa que, junto a espacios exóticos como la corte de Babilonia o la Isla de la Enamorada Corneria, puede observarse en este libro de caballerías manuscrito una llamativa preeminencia de la geografía peninsular que por sí misma resulta harto novedosa en el género caballeresco. En este sentido, afirma Emilio Sales Dasí: “Tendremos que esperar a Cervantes para encontrarnos con un héroe y una geografía netamente castellana, en clara respuesta a esa afición cosmopolita de los libros de caballerías”, para a continuación espigar algunos personajes del corpus caballeresco de procedencia hispana; véase Sales Dasí, E.: “Una crónica caballeresca singular del quinientos: el Rosián de Castilla”, en Acebrón, J. (ed.): *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre ficción caballeresca*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, p. 164. Entre los ejemplos puntuales que pueden señalarse en este sentido, destaca con fuerza propia la obra de Beatriz Bernal, Cristalián de España (1545), así como el Palmerín de Inglaterra (1547 y 1548)—donde las referencias a tierra española, no obstante, se heredan del original portugués—.

querer ensalzar en su obra a uno de los miembros más elogiados de dicha estirpe –inscrito, no obstante, en las ramas bastardas del árbol genealógico–: nos referimos a don Juan de Austria, a quien tantos autores cantaran como a un auténtico héroe de su tiempo, a causa de su gloriosa participación en la Liga Santa de 1571. Acontecimiento al que, precisamente, el padre Miguel Daza podría querer señalar con su diseño de una “santa liga” de la cristiandad contra el mundo infiel, impulsada por la Santa Sede y por otros contingentes con entidad histórica, como el representado por la Orden de Malta. De acuerdo con ello, la tardía recuperación del espíritu de cruzada encarnada en la configuración de don Mejiano de la Esperanza –capitán general de la flota española y de toda la armada cristiana, como lo fuera el hijo ilegítimo del Emperador– tendría su razón de ser en una proclama personal de Miguel Daza, afín a las convicciones de una facción de la sociedad española con la que nuestro autor se vincularía por su condición de clérigo y por su probada cercanía con la Armada de Felipe II –evidenciada, por ejemplo, en la autoría del soneto laudatorio al lector, compuesto por el comisario de provisión–.

En un segundo nivel, la descodificación de la obra nos revela la presencia auténticamente cifrada de numerosas personalidades de la alta nobleza, que en ningún caso ocupan un lugar central en el protagonismo de la narración; por lo que puede verse en esta operación un claro divertimento aristocrático, destinado, muy posiblemente, a un círculo de lectores cerrado. Muchos de estos nobles son objeto únicamente de alguna mención puntual, como sucede con las referencias a los condes de Cifuentes, de Lemos o de Barajas, localizadas todas ellas en la carta que Lupocaldo manda a su amigo Feridano, ambos caballeros españoles (f. 157r, véase imagen 2). En otras ocasiones, por el contrario, los personajes de la alta nobleza participan directamente en la acción durante alguna secuencia narrativa; como es el caso de los miembros de tres poderosas familias, todas ellas con título de grandes de España: la Casa de Medinaceli, la del Infantado y la de Benavente. Con las dos primeras el autor guardó una fuerte proximidad geográfica por su condición de examinador de la Facultad de Cánones de la Universidad de Sigüenza (a partir de 1544), factor que explica por sí mismo su interés por construir el trasunto literario de unos linajes que le eran cercanos (véase nota 3). Con la Casa de Benavente, en cambio, el padre Daza parece haber entablado contacto algo más tarde, durante el gobierno del VIII conde-duque (inaugurado en 1576), a quien, como ahora veremos, Daza concede ocupar un espacio sobresaliente sobre el resto de personalidades recreadas: tanto por la profusión de informaciones aportadas sobre su persona como por el cariz marcadamente laudatorio con que se nos transmiten. De modo que su incursión en el mundo de la ficción convierte la fábula no solo en producto lúdico de una nobleza crecientemente celebrativa, sino también en instrumento de exaltación de la fama histórica.

Por ello, a continuación, nos proponemos ofrecer un análisis de los distintos datos aportados por este libro de caballerías acerca del linaje Pimentel, con el fin de develar la intencionalidad política que subyace a la generosa descripción de su castillo de Benavente y a la extensa narración de la genealogía de don Juan Pimentel: no por casualidad, el único noble que es mencionado sin velos en el marco de la ficción, en tanto que presumible dedicatario de la obra.

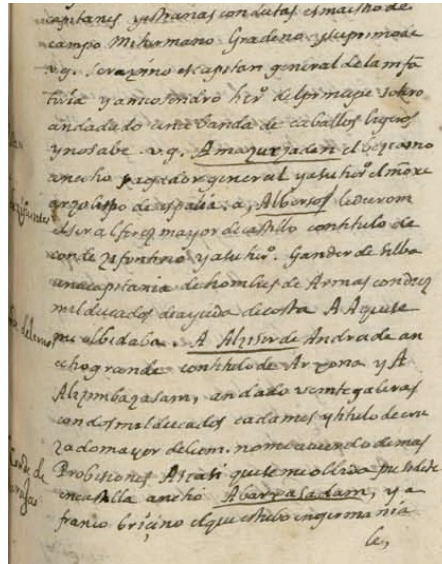


Imagen 2. Ms. 6602, BNE, f. 157r (Biblioteca Digital Hispánica)

## 2. El castillo de Benavente, escenario de la caballería de papel<sup>11</sup>

En el último capítulo del primer libro, tras unos días de descanso en la “ciudad del Faro” –a la que, como cabía esperar, una anotación marginal relaciona con La Coruña (f. 98v)–, los recién desposados príncipes de España, Ofrasio y Casiana –padres del Caballero de la Fe–, se ponen en camino hacia la ciudad de Hispalis. Para ello, deciden emprender su ruta por el interior de la Península, con el fin de evitar un naufragio semejante al que acaban de sufrir en su regreso de Babilonia; pero también con el deseo de mostrar a la princesa Casiana las maravillas de su futuro reino. De su viaje por tierras castellanas, el narrador tan solo nos referirá con detalle la importante estancia que este real séquito realiza en los dominios de Briasledo Pimentario, quien les recibirá amorosamente en su “beneventana casa” (f.105r). De esta forma, tras seguir un itinerario histórico coincidente con la antigua Vía de la Plata, el foco de atención se pondrá en un “hermoso pueblo, que metido entre unos ríos parecía estar aislado y cercado de ellos” (f. 99v), al que una apostilla marginal identifica oportunamente con “Benavente”. Referencia esta que puede ser verificada en virtud de la precisa descripción de su ubicación ofrecida por la narración:

[El pueblo] estaba sentado así en un alto, teniendo a la parte del nordés y del ben-  
dabal cercados los lados de los ríos, y a la parte del oriente estaban unas hermosas  
cunvres en las cuales el balle se acababa. Al mediodía tenía un jardín hermosísi-

<sup>11</sup> Tomamos esta expresión del conocido trabajo de Cátedra, P. M.: *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*, Madrid, Abada editores, 2007; punto privilegiado de partida para el estudio de las relaciones entre literatura y vida, en lo que se refiere al género caballeresco.

mo, tan poblado de árboles y hermosas matas que aun desde lexos que le miraban parecía una hermosísima cosa, y donde el arte y la madre naturaleza se habían esmerado en querele adornar de hermosura (f. 99v).

Como puede comprobarse, las coordenadas anteriores responden ajustadamente al emplazamiento de la conocida villa ducal, levantada sobre una colina en el centro de una gran llanura, justamente en el interior del vértice formado por la desembocadura del Órbigo en las aguas del Esla –situados respectivamente al oeste y al noreste de la misma–. De igual modo, mientras el límite oriental parece remitir al inicio de la comarca de Tierra de Campos, el hermoso vergel que se sitúa al sur de la ciudad se corresponde a buen seguro con el famoso “Jardín del Conde”, perteneciente a la Casa de Benavente: “una pieza de las más extrañas y maravillosas que hay en Castilla”, según refiere contemporáneamente el cronista real Andrés Muñoz<sup>12</sup>. Asimismo, en segundo término, llegados a este pueblo “cercado de ancho y fuerte muro” y repleto de “hermosos edificios”<sup>13</sup>, la mirada del narrador se dirige hacia el sudeste, donde nuestros protagonistas se encuentran con “una hermosa casa y fortaleza que aun desde lexos parecía ser la mejor que aquellos príncipes uviessen visto” (f. 99v), a la que debe identificarse sin ninguna duda con el castillo que los conde-duques de Benavente poseyeron en esta villa. Pues, como ahora analizaremos, la descripción que de él proporciona el padre Daza concuerda manifiestamente con el resto de noticias conservadas sobre el castillo. Lo que nos confirma que la grandiosidad y la riqueza presentes en el dibujo de la fortaleza están basadas en un conocimiento directo de la misma, antes que en la desbordante inventiva de la ficción caballeresca.

Desaparecida casi por completo en la actualidad, esta edificación tuvo su origen en un antiguo castillo regio, construido o remozado con toda probabilidad durante la repoblación auspiciada por Fernando II de León, allá por el siglo XII. Su función fue primordialmente militar hasta el siglo XV, momento en el que por su adscripción a

<sup>12</sup> Muñoz, A.: *Viaje de Felipe II a Inglaterra (1554)*, Gayangos, P. (ed.), Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1887, p. 34. A este jardín renacentista, construido a modo de villa suburbana italianizante muy cercana al cerro de la Mota, los conde-duques sumaron un cazadero en las faldas del monte de Cervilla, conocido como “El Bosque”: espacios ambos con los que la Casa de Benavente completó la imagen de poder que representaba su fortaleza. Según las descripciones de J. Münzer y A. de Lalaing (véase García Mercadal, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1952, vol. I, pp. 389-390 y 452-453), este espacio de retiro contó desde el principio con un zoológico de animales exóticos y salvajes –muy del gusto de las élites aristocráticas de fines de la Edad Media–, al que se uniría a lo largo del siglo XVI un jardín arqueológico de inspiración flamenca y una decoración de marcado manierismo que harían las delicias del humanista Antonio de Torquemada. Véase Torquemada, A.: *Jardín de flores curiosas*, Allegra, G. (ed.), Madrid, Castalia, 1982, p. 204; Torquemada, A.: *Obras completas*, Rodríguez Cacho, L. (ed.), Madrid, Turner, 1994, I, p. 357.

<sup>13</sup> La villa de Benavente estuvo rodeada desde su repoblación en el siglo XII por una muralla hoy desaparecida, cuya representación iconográfica más antigua y detallada se nos conserva en un sello del Concejo de Benavente datado en el siglo XIII, en el anverso del cual puede percibirse nítidamente “su estructura de sillería y sus almenas, así como algunos cubos, torreones y refuerzos para su defensa militar” (Aguado, V.: “El Sello del Concejo de Benavente”, en “*Más vale volando*”. *Por el Condado de Benavente. Exposición VI Centenario del Condado de Benavente*, Benavente, Ayuntamiento de Benavente y CEB “Ledo del Pozo”, 1998, p. 89). Una magnífica propuesta de reconstrucción del trazado de la muralla, así como de la localización de sus distintas puertas, puede encontrarse en el trabajo de González Rodríguez, R.: “La fortificación de Benavente durante la Edad Media”, en *El Castillo de Benavente*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 1998, pp. 48-55. Asimismo, para una aproximación más general a la configuración de la villa en tiempos de los duques de Benavente, puede consultarse el estudio de Carvajal, E.: *Las villas ducales como tipología urbana*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2014, pp. 359-372).

las posesiones de los condes de Benavente pasó a convertirse también en residencia señorial de esta casa. Con todo, no sería hasta el gobierno del IV y V conde, don Rodrigo Alonso Pimentel (1461-1499) y don Alonso Pimentel (1499-1530), cuando el castillo experimentaría una auténtica transformación palaciega que habría de fijar la imagen de este monumento durante los siglos siguientes. Lamentablemente, tras el incendio provocado por las tropas francesas en enero de 1809 –al que sucederían sucesivos expolios y demoliciones–, la conocida como Torre del Caracol se convertiría en el único vestigio de tan importante palacio, hoy transformado en Parador Nacional. Por esta razón, las modernas aproximaciones teóricas a su morfología han tenido que basarse necesariamente en la escasa documentación conservada, así como en variadas fuentes secundarias, tales como fotografías, litografías, grabados y descripciones de viajeros de distintas épocas. Circunstancias todas que acrecientan la importancia de las informaciones contenidas en el *Caballero de la Fe*<sup>14</sup>.

En lo que se refiere a su disposición exterior, si bien su reconstrucción completa adolece de una “lectura sin solución” –en palabras de Fernando Regueras Grande<sup>15</sup>–, la conjunción de las diversas fuentes disponibles nos permite recuperar algunos de sus elementos más representativos. Así, sabemos con certeza que la muralla del castillo estaba compuesta por tres lienzos delimitados con distintas torres, puesto que a ellos se alude en diversos documentos de época que dan cuenta de su consolidación y mejora durante el gobierno del IV conde (1459-1499)<sup>16</sup>. Asimismo, contamos con el importante testimonio del viajero alemán Jerónimo Münzer, en cuyos escritos encontramos la que posiblemente es la descripción más detallada de la fisonomía del castillo (1494):

La fortaleza de Benavente es de las mejores y más bellas del reino castellano, y exceptuando las de Granada y Sevilla no hay en toda España ninguna otra que con esta pueda ser comparada. Álzase en la cima de un montículo que está fuera

<sup>14</sup> Para un acercamiento a la historia del castillo, resulta indispensable el trabajo colectivo de González Rodríguez, R., Regueras Grande, F. y Martín Benito, J. I.: *El Castillo de Benavente*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 1998.

<sup>15</sup> Regueras Grande, F.: “El alcázar durante el Antiguo Régimen”, en *El Castillo de Benavente*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 1998, p. 61. Como explica este investigador, del exterior del castillo poseemos cuatro vistas que, con el apoyo de los testimonios documentales, nos permiten aproximarnos a su morfología externa: se trata de dos grabados del siglo XVIII, dos fotografías (una de Charles Clifford del año 1854 y otra de Manuel Gómez Moreno), así como de un cuadro de estilo flamenco que parece representar la corrida de toros celebrada en el palacio de los condes en honor de Felipe el Hermoso; todas ellas imágenes reproducidas en su trabajo. Además, a estos testimonios parecen poder unirse las pinturas que decoran el ábside de San Juan del Mercado, estudiadas por Hidalgo Muñoz, E.: “La representación del castillo de Benavente en las pinturas de san Juan del Mercado”, *Brigecio*, 10 (2000), pp. 19-26.

<sup>16</sup> Así lo ha demostrado Isabel Beceiro Pita, quien asegura que el adarve de cal y canto unía la torre de la “Açucena” con la “de las Eminas”, situada seguramente junto a la torre del Homenaje, y con otra emplazada sobre el río; véase Beceiro Pita, I.: “La fortaleza de Benavente en el siglo XV”, *Brigecio*, 7 (1997), pp. 187-188. Asimismo, a principios del pasado siglo, Manuel Gómez Moreno pudo observar personalmente el trazado de estos tres muros en su visita a la fortaleza, proponiendo una decisiva reconstrucción de los mismos. Véase Gómez Moreno, M.: *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora (1903-1905)*, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1927, p. 258. Por último, a esta importante incursión arqueológica deben unirse ahora las informaciones proporcionadas por un mapa del siglo XIX confeccionado por el Servicio Geográfico del Ejército –recientemente recuperado por Mercedes Simal López–, en el que puede verse la única planta del edificio localizada hasta el momento (Simal López, M.: *Los conde-duques de Benavente en el siglo XVII. Patronos y coleccionistas en su villa solariega*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 2002, p. 79).



de la ciudad; su forma es cuadrada; flanquea cada uno de los cuatro ángulos una robusta torre; rodéala un foso y la protege una muralla sólidamente fortificada. En el interior tiene un patio también cuadrado, capillas, salas y cámaras adornadas con figuras de diversas clases; áureos artesonados, columnas de mármol todo en suma cuanto puede concurrir a la mayor suntuosidad de la ornamentación. Al pie del montecillo donde se yergue la fortaleza corre el río Órbigo. En los sótanos hay profusión de bóvedas, arcos, cuadras, etc., pero tan intrincando que quien entra allí se cree estar en el seno de un laberinto. Tiene una larguísima galería en rampa que va a dar al río por la que llevan a abrevar a los caballos y tantas estancias para molinos, depósitos de agua y otros menesteres que sin verlo no es posible formar cabal idea. De mí puedo asegurar que no conozco otro castillo con tales subterráneos ni con tal riqueza en las habitaciones que alumbrá el sol<sup>17</sup>.

Como puede observarse, el castillo mantuvo su carácter defensivo, significado tanto en sus torres, sus fosos y sus firmes baluartes, como en su estratégica posición sobre el espigón de la Mota. Esta dimensión militar de la construcción habría de impresionar también apenas unos años después a Antoine de Lalaing (1502), quien recordó con especial interés sus fosos y sus gruesas torres<sup>18</sup>. Así como, más tardíamente (1577), abrumó a otro viajero, Bartolomé de Villalba y Estaña, quien en su *Pelegrino Curioso* destacó que “el palacio del conde, que está subido en lo alto, es de los alcázares reales buenos que hay en España”, porque, entre otras cosas, “está bien murado, con su foso y su barbacana y otras cosas que le fortifican”<sup>19</sup>. Junto a estos testimonios encontramos muy cercana en el tiempo la descripción que el padre Daza realiza de este monumento, en la que son destacados estos mismos elementos, consignándose la presencia de “una caba onda toda labrada de estremada piedra”, “una echada lebadiça muy ancha y hermosa” que servía para salvarla, “una fuerte y vien edificada varbacana”, así como “unas fuertes torres” (f. 100r). Componentes todos representantes de su primitiva función bélica, igualmente apreciables en las vistas conservadas del castillo.

Pero la obra de Miguel Daza también da cuenta del carácter palaciego y renacentista que, como anunciamos más arriba, imprimieron las remodelaciones auspiciadas por el IV y V conde (1459-1530)<sup>20</sup>. Así, la descripción de la vista del alcázar que nuestros protagonistas atisban, todavía a lontananza, refleja a la perfección la riqueza de los materiales empleados en la construcción de los nuevos edificios anexionados a los muros primitivos<sup>21</sup>, así como el carácter italianizante de sus elementos compo-

<sup>17</sup> García Mercadal, *op. cit.* (nota 12), p. 390.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 421.

<sup>19</sup> Villalba y Estaña, B.: *El Pelegrino curioso y grandezas de España (1577)*, Madrid, Miguel Ginesta, 1886, pp. 362-365.

<sup>20</sup> Acerca del alcance de las intervenciones ejecutadas por estos condes resulta fundamental la lectura del citado trabajo de Beceiro Pita sobre la fortaleza (nota 16), elaborado a partir de unas listas de gastos de 1493 y 1499, unas probanzas establecidas hacia 1530 a raíz del pleito iniciado por doña María Pacheco, viuda del IV conde, y otros documentos relativos a la Casa de Benavente. Con posterioridad a estas remodelaciones, apenas si tuvieron lugar cambios estructurales, si bien la colección artística de los duques y la dimensión ornamental del palacio se enriquecieron notablemente, como ha demostrado Simal López, *op. cit.* (nota 16), pp. 75-129.

<sup>21</sup> Según Manuel Gómez Moreno, en torno a la segunda década del siglo XVI se levantaron fuera de los muros antiguos del sur y el oeste grandes edificios, a los cuales pertenece la fortísima torre de ángulo, conocida como “Torre del Caracol”, que constituye en la actualidad el único vestigio superviviente del alcázar; véase Gómez Moreno, *op. cit.* (nota 16), pp. 258-259.

sitivos: “Veíanse tantas torres, todas almenadas de hermosas almenas y estremado edificio, tantos chapiteles de tersa plata y oro fino, tantas pirámides y columnas de jaspe sobre que se sustentaba el edificio, tantos corredores tan hermosos de piedras de mármol, pórforo y jaspes, que tiniendo el sol en ellos hacía unos reflexos que a la vista parecían ofuscar con su demasiado resplandor” (f. 99v).

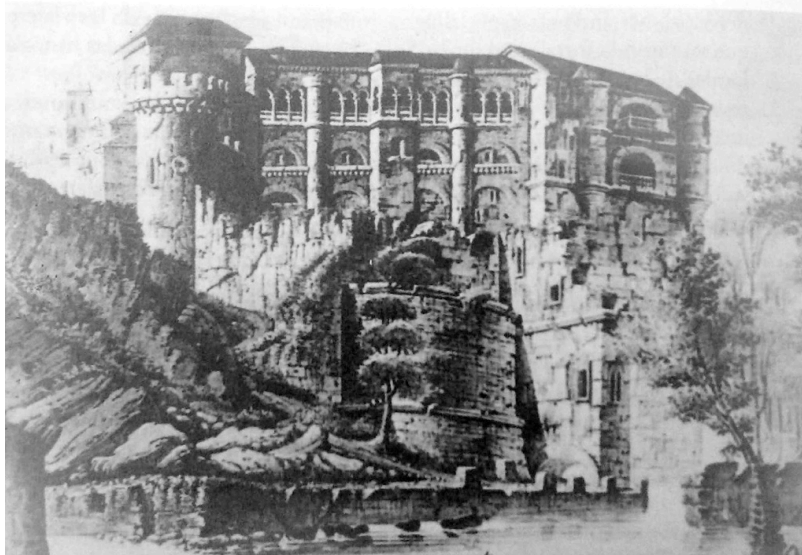


Imagen 3. Grabado del castillo procedente de una pintura del s. XVIII. Fachada occidental<sup>22</sup>

Nuevamente, tanto el protagonismo de los corredores, que se mencionan como parte fundamental de la fachada, como la opulencia de los componentes enumerados se ajustan asombrosamente a los testimonios disponibles, de entre los que destaca por su acusada similitud el de José Ledo del Pozo, quien en el siglo XIX pudo observar de primera mano muchas partes del castillo hoy desaparecidas: “Aplauso merece la memoria del rey don Fernando por la insigne fortaleza, que hoy existe, suntuosa en todo por cierto, y llena de corredores, de piedras preciosas, mármoles, pórfidos y alabastros”<sup>23</sup>. Asimismo, en relación con sendas descripciones, si tenemos en cuenta que los monarcas de la ficción llegan a Benavente por el camino de Galicia, podemos conjeturar que este dibujo que la obra hace de una de las fachadas del castillo se corresponda con los amplios ventanales de la “Sala de los Artesones”, pues estos se hallaban sostenidos por pilares de jaspe, situándose justamente en el piso superior del flanco occidental de la fortaleza (véase la imagen 3).

Por otra parte, en lo que se refiere al interior del castillo, apenas si se nombran algunos espacios, pero las escasas referencias proporcionadas presentan una esclarecedora concreción. Así, en primer lugar, la alusión al patio que Ofrasio y Casiana encuentran tras adentrarse en el alcázar no puede sino corresponderse con el conocido como “patio de la Mota”, el cual hacía las veces de plaza de armas y despensa de la

<sup>22</sup> Imagen extraída de Regueras Grande, “La fortaleza de Benavente”, en *op. cit.* (n. 11), p. 108.

<sup>23</sup> Ledo Del Pozo, J.: *Historia de la nobilísima villa de Benavente (1853)*, Salamanca, Gráficas Ortega, 1970, p.159.

casa en su parte baja, mientras en su planta alta albergaba tras unos bellos corredores las estancias de carácter privado. Conformado por un gran recinto enlosado y soportalado, este espacio sirvió en numerosas ocasiones de escenario de fiestas cortesanas, como las organizadas a propósito de la estancia del príncipe Felipe en 1554, en cuyo honor se celebraron en este lugar toros, juegos de cañas, torneos, música, luminarias y fastuosos espectáculos, con concurso de castillos, grifos, salvajes, galeras y un sin-fín más de fantasías, que en nada desmerecen los descritos por la literatura caballeresca. En *El Caballero de la Fe*, los festejos organizados durante la visita de los reyes de España no se emplazan en un lugar concreto, pero recuerdan llamativamente a los divertimientos anteriores, referidos con gran detalle por el cronista Andrés Muñoz<sup>24</sup>:

No quiero –dice Nictemeno– escribiros el recibimiento qu’este baleroso príncipe hizo a su rey y a los demás señores, porque para solo esso será menester començar otro libro y no pequeño. Porque ubo tantos arcos triunfales, tantos castillos y torres, tantos torneos y justas, tantos toros y leones, tantos juegos de cañas y sortija, tantas alcanciaços y encamisadas, tantas invenciones de carros triu[n]fales y representaciones, tantos saraos y danças, tantos convites generales y otras cosas, que vien beis que sería mucha prolixidad el escribillo (ff. 99v-100r).

Habida cuenta de que el castillo beneventano acogió en diversas ocasiones a los distintos monarcas del siglo XVI, no resultaría extraño pensar que el padre Daza hubiese inspirado su somera crónica en unos festejos reales, de entre los que destaca por su cercanía en el tiempo y por la conocida difusión de su contenida estancia del príncipe Felipe en su camino hacia Inglaterra<sup>25</sup>. En cualquier caso, es seguro que, del mismo modo que las ficciones caballerescas dejaron su impronta en el diseño de las fiestas cortesanas, nuestro autor hubo de tomar como referencia para su relato celebraciones verdaderamente acontecidas, por él vividas o leídas<sup>26</sup>.

Tras adentrarse en este patio, el narrador tan solo alude a dos estancias, que seguramente pueden emplazarse en el conjunto de dependencias privadas que se situaban tras los corredores de la planta alta del patio. Así, el relato da cuenta de cómo los reyes de España suben a una gran sala, “la cual estaba [adereçada] de un supervísimo toldo de brocado azul, alcachofado de alcachofas de plata, con unos pilares

<sup>24</sup> En efecto, la villa y el alcázar se vistieron de fiesta para acoger al entonces príncipe Felipe y al infante Carlos en su camino hacia La Coruña, donde el primero habría de emprender un viaje por mar hacia Inglaterra con el objetivo de desposarse con María Tudor. Véase Muñoz, *op. cit.* (nota 12), pp. 31-50; Kamen, H.: *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 50-80.

<sup>25</sup> En el alcázar beneventano se alojaron los Reyes Católicos en 1483, tanto a la ida como a la vuelta de su viaje a Compostela. A esta misma villa castellana volvería años más tarde el rey Fernando, para cerrar la concordia con Felipe de Austria, firmada en la cercana Villafáfila en junio de 1506; en aquella coyuntura, el palacio serviría también de residencia a los nuevos monarcas, Felipe y Juana, a quienes se agasajó con juegos de cañas y corridas de toros. Más tarde, en 1519, el Emperador celebró consejo en la casa del V conde, donde escuchó a los procuradores del reino en lo tocante a su viaje a Alemania y al gobierno de Castilla. Véase Muñoz Miñambres, J.: *Nueva historia de Benavente*, Zamora, Montecasino, 1982, pp. 153-154.

<sup>26</sup> Justamente, la similitud entre las fiestas celebradas en el palacio de los Pimentel en honor del príncipe Felipe y aquellas narradas por los libros de caballerías ha sido señalada recientemente por Aguilar Perdomo, M. A.: “La disposición escénica: algunas arquitecturas efímeras de los libros de caballerías españoles”, *Destiempos*, 23 (2000), pp. 82-83. De otra parte, resultan fundamentales a este propósito los trabajos de Cátedra, *op. cit.* (nota 11), pp. 41-79 y 81-126; Bouza, F.: *Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid, ABADA editores, 2004.

que componían unos arcos de unas figuras de embutido, admirable obra” (f. 100r). Seguidamente, junto a este salón se describe la estancia en la que se alojarán Ofrasio y Casiana, conocida con el nombre del “Cuarto Rico”:

Mas lo que más hubo que ver fue en un cuarto riquísimo sobremanera, llamado de aquel extremo el Cuarto Rico, en que vieron de oro, de plata, de vronce, de jaspe, de pórfiro, de mármol y de otras materias tantas figuras y retratos que parecía ser el museo de Timantes; pues de pincel había tanto que ver que no se pudiera mirar en muchos días, cuanto más describirse, y Apeles pudiera ver allí como no había aún llegado el pincel a su punto en su tiempo. En este cuarto se quedaron aposentados Ofrasio y Casiana (f. 100r).

Ciertamente, de los datos anteriores, es la explícita mención a este último habitáculo la que parece darnos la clave de una descripción real, pues su existencia se encuentra recogida en un inventario de bienes de 1499, redactado por el tesorero del IV conde, en el que se registra el pago a Diego de Salamanca, “vidriero vezino dela çibdad de Burgos”, “por las vidrieras quel fizo para el cuarto rico del alcaçar desta villa de Benavente”<sup>27</sup>. A esta misma dependencia parece referirse la mención a la “cámara rica” nombrada en el mismo documento, para la que se encarga una costosa partida de terciopelo azul<sup>28</sup> –color que, por otra parte, entra en consonancia con aquel que la obra describe como característico de la Casa de Benavente<sup>29</sup>–. Respecto a su identificación, habida cuenta de la significativa expresividad de estas denominaciones, han sido varios los investigadores que se han preguntado si esta estancia podría o no equipararse con la importante “sala de los artesones”, “sala grande”, “primer aposento” o “galería”, como es llamado en las distintas fuentes el que parece ser uno de los espacios centrales del alcázar: una enorme y lujosa pieza flanqueada por sendos corredores y provista de unos enormes ventanales que se abrían sobre el Órbigo<sup>30</sup>.

En este sentido, nuestro libro de caballerías parece servir de ayuda, pues, de acuerdo con los datos proporcionados por el narrador, las sospechas que algunos estudiosos han manifestado acerca de la posible diferenciación del Cuarto Rico podrían confirmarse<sup>31</sup>. Así lo aconseja la aclaración que nos precisa cómo Ofrasio y Casiana se hospedaron en este cuarto, funcionalidad que no parece posible enmarcarse en una gran sala que se presenta como lugar de paso, punto de reunión y pórtico de entrada a las dependencias personales. Pero, además, los pilares y los arcos que el padre Daza menciona como característicos de la primera sala se ajustan llama-

<sup>27</sup> Beceiro, *op. cit.* (nota 16), p. 195.

<sup>28</sup> “A Juan Garcia contador por carta del conde fecha a XXX de agosto de IUCCCCICIX años LVIIU maravedís para cumplimiento de pagar el terciopelo açul para la cámara rica” (*ibidem*, p. 196).

<sup>29</sup> En efecto, los caballeros que acompañan a Briaseldo van “vestidos de una librea de brocado azul, aforrada en tela de plata”, de igual modo que el toldo de la primera sala es “de brocado azul, alcachofado de alcachofas de plata” (ff. 99v-100r).

<sup>30</sup> Así, por ejemplo, Fernando Regueras Grande da por cerrada en su trabajo la identificación de ambas dependencias. Véase Regueras Grande, *op. cit.* (nota 15), pp. 70-71.

<sup>31</sup> Siguiendo a Isabel Beceiro (Beceiro, *op. cit.* [nota 16], p. 188), Rafael Rodríguez González explicitó sus dudas al respecto en su estudio sobre el castillo: “De la disposición interior del edificio existen algunas referencias vagas, sin poder precisar su ordenación exacta. Se mencionan, por ejemplo, la Sala de los Artesones, de lujosa decoración, de la que partían algunos corredores. Junto a ésta, si es que no se trata de una misma estancia, se encontraba el Cuarto Rico, cuya denominación es suficientemente expresiva” (el subrayado es nuestro), Rodríguez González, *op. cit.* (nota 13), p. 19.

vamente a aquellos que podían encontrarse en la sala grande, tal y como señaló Sir Robert Ker Porter, quien recordaba que “el gran salón sobre cuyo suelo teselado se levantan una colección de bellos pilares, es de enorme tamaño, y allí conté más de ciento cincuenta de estos costoso soportes”<sup>32</sup>. Por todo ello, consideramos posible suponer que la primera estancia pueda corresponderse con la Sala de los Artesones, mientras que el Cuarto Rico podría identificarse más bien con alguna de las dependencias privadas a las que aquella daba acceso desde sus corredores. Hipótesis esta que entraría en consonancia con la descripción de Lalaing, quien indicó que tras esta espléndida pieza había “ocho o diez habitaciones muy bien arregladas, cuyos artesonados están muy bien tallados y dorados”<sup>33</sup>.

Por último, en lo que respecta a las esculturas y pinturas que engalanan el Cuarto Rico, conviene señalar la probada existencia en el castillo de Benavente de una nutrida colección de obras de arte, recientemente estudiada por Mercedes Simal López a partir de varios inventarios de bienes redactados en las primeras décadas del siglo XVII<sup>34</sup>. Entre otras informaciones, de ellos se deduce, por ejemplo, la presencia en el palacio de más de 450 pinturas –entre cuadros, estampas e imágenes en tafetán–, así como la custodia en el camarín de más de 320 esculturas de pequeño y mediano tamaño, en fecha tan cercana a nuestro manuscrito como 1611. Si bien es cierto que un buen número de ellas debieron de ser adquiridas con posterioridad a la composición de la obra del padre Daza –pues su procedencia las coloca en los años del virreinato en Italia del VIII conde-duque, entre 1603-1611–, el volumen de piezas atesoradas evidencia que se trata de una colección adquirida durante décadas, de la que nuestro testimonio parece querer hacerse eco. Finalmente, como detalle curioso, no podemos dejar de mencionar la presencia de una serie de retratos de los miembros de la casa, tanto en el inventario de “pinturas grandes de la fortaleza” (1611) como en el realizado por Luis de Bivero en 1618, en los cuales podríamos ver un trasunto real de las tablas pintadas por la sabia Caldaina, a los que a continuación nos referiremos<sup>35</sup>.

### 3. La casa de Benavente en el marco de la ficción: un elogio del linaje Pimentel

En segunda instancia, después de que el narrador nos haya brindado esta valiosa descripción del castillo de los conde-duques de Benavente, el autor se sirve nuevamente del recurso de la magia para efectuar una oportuna proyección hacia el futuro, por la que construirá un decidido elogio del linaje Pimentel. Así, será la curiosidad de Casiana la que nos abra la puerta de un aposento cercano al Cuarto Rico, donde, según

<sup>32</sup> Regueras, *op. cit.* (nota 15), p. 70.

<sup>33</sup> García Mercadal, *op. cit.* (nota 12), p. 452.

<sup>34</sup> Simal, *op. cit.* (nota 16), pp. 87-101.

<sup>35</sup> Respecto a la importancia que el VIII conde-duque tuvo en la configuración de la colección del palacio de Benavente, Simal López afirma que este fue “un coleccionista experto y avanzado, debido tanto a la formación recibida por su padre como a los años vividos en la ciudad partenopea [...]. Tras su regreso a España, añadió a las obras heredadas sus recientes adquisiciones y reordenó la colección familiar según los criterios de gusto por la pintura y la escultura que triunfaban en Italia, frente a la formación de «cámaras de maravillas» y a la desidia por la posesión de esculturas que se daba en las colecciones españolas, convirtiéndose en uno de los coleccionistas más adelantados del momento”, Simal, *op. cit.* (nota 16), p. 99. Apreciaciones que la fuerte presencia de esculturas en la descripción de nuestro manuscrito podría matizar ligeramente, adelantando esta querencia del duque con anterioridad a su estancia en Italia.

le informa una dama de la duquesa Briseida, se encuentra “la sabia Caldaina mora, que fue y es de África”, la cual “por su gran saber está pintando los retratos de los sucesores d’ esta cassa qu’ están por venir” (f. 100r). Una vez en presencia de la vieja mora, esta revelará a la princesa de Babilonia cómo en Hispalis ha dejado también pintadas en el palacio del Rey un conjunto de tablas con su esclarecida sucesión, en las que tal vez pueda esconderse una alusión velada a las tablas policromadas que por aquel momento se estaban rehaciendo en el Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla; pues estas, situadas en un amplio friso del arrocabe, representan una serie iconográfica de los monarcas de España desde los reyes visigodos hasta Felipe II<sup>36</sup>.

Sea como fuere, lo cierto es que el cronista Nictemeno afirma que la sabia Caldaina tenía ya acabados en el castillo beneventano doce retratos, de los cuales se aprovecha el autor para ensalzar a un buen número de miembros de esta casa, desde su primer titular hasta aquel que ostentó el gobierno de dicho estado por la época de composición del manuscrito: don Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco, V duque y VIII conde de Benavente (1553-1621). En efecto, la primera de las tablas comentadas por la vieja mora se dedica, como ella misma expone, al primer Pimentel con título de conde, a quien por tanto debemos hacer corresponder con don Juan Alfonso Pimentel (titular del condado entre 1398 y 1420). En este caso, si bien no se aporta ningún detalle acerca de su importante biografía, su mención sirve de soporte para dar cuenta del origen de la Casa de Benavente: “Este será el primero –dixo la vieja– que título querrá de ilustre conde, después de seiscientos años que su casa habrá sido “ilustrísima”, llamada siempre d’este mismo título y reno[m]bre, siendo su origen primero de Alemania; después, de la casa ilustrísima de los reyes de Portugal se apartará este gaxo, juntándose también con la Real Casa de Castilla” (ff. 100r/v).

De la anterior reconstrucción de la historia del linaje Pimentel, es la última de las indicaciones la que ofrece mayor transparencia, pues se refiere al conocido episodio por el que el señor de las villas de Viñais y Braganza pasó al bando castellano en el contexto del conflicto con Portugal a fines del siglo XIV, obteniendo a cambio el gobierno del condado de Benavente –entre otras mercedes otorgadas por el rey Enrique III–<sup>37</sup>. Por el contrario, la mención de un origen remoto en tierras alemanas resulta más ambigua, por cuanto en principio resulta un dato extraño en las innumerables recreaciones genealógicas de que ha sido objeto esta estirpe. Así, el doctor Manuel Fernández del Hoyo –a quien debemos una reciente tesis sobre este particular–, en su detallado repaso por los distintos tratados y nobiliarios que desde la Edad Media se ocuparon de los comienzos de la Casa de Benavente, sintetiza en tres los orígenes defendidos por los historiadores, de acuerdo con los cuales la estirpe portuguesa deri-

<sup>36</sup> Los estudiosos coinciden en datar la primera composición de las tablas en los inicios del siglo XV, así como su posterior remozamiento a fines del siglo XVI. A este respecto puede consultarse el detallado análisis de Tormo, E.: *Las viejas series icónicas de los Reyes de España*, Madrid, Blas y Cía, 1917, pp. 31-41; así como el valioso estudio efectuado tras los recientes trabajos de restauración en el Alcázar (Castillo Oreja, M. A.: “Imagen del rey, símbolos de la monarquía y divisas de los reinos: de las series de linajes de la Baja Edad Media a las galerías de retratos del Renacimiento”, en *Galería de Reyes y de Damas del Salón de Embajadores, Alcázar de Sevilla*, Madrid, Fundación BBVA, 2002, pp. 1-39).

<sup>37</sup> Sin duda, el mejor estudio de la formación del dominio de los Condes de Benavente nos lo ofrece la tesis doctoral de Beceiro Pita, I.: *El condado de Benavente en el siglo XV*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 1998, pp. 33-124; en la cual puede encontrarse asimismo un excelente relato de la defeción de los Pimentel (*ibidem*, pp. 35-51).

varía a su vez de ancestros galaicos, romanos o godos<sup>38</sup>. Sin embargo, los detalles de la ascendencia trazada por nuestro autor pueden encontrar una sencilla explicación precisamente en la amplia evocación de un pasado goda con el cual la casa desearía emparentar, en tanto que pueblo germánico desconectado del Islam, de acuerdo con una maniobra de legitimación común en la época.

Tras esta escueta síntesis de la historia de la Casa de Benavente, la sabia mora propone al lector el esclarecimiento de la identidad de sus principales titulares, en virtud de una selección de datos hábilmente proporcionados que permiten establecer claras correspondencias historiográficas<sup>39</sup>. Así, el segundo de los personajes enunciados debe identificarse necesariamente con el primogénito del anterior, llamado don Rodrigo Alonso Pimentel y Téllez de Meneses, II conde de Benavente (entre 1420-1440), en la medida en que nuestra obra apunta el inequívoco dato de que se trata del heredero del primer conde: “A este sucederá este segundo que en armas y balor excederá a todos los de su tiempo” (f. 100v). Curiosamente, su perfil de hombre guerrero coincide con la definición que de él hicieron posteriormente los relatos aragoneses, calificándolo maliciosamente como “hombre que sabía más de armas que de derechos”, a causa de su activa militancia en el bando afín al monarca Juan II, capitaneado por don Álvaro de Luna<sup>40</sup>. A estos turbulentos episodios responde con gran probabilidad su sucinta semblanza, en la que también debe de haber pesado su importante participación contra Mohamed “el Izquierdo” en el reino de Granada (1431)<sup>41</sup>.

Seguidamente, la mora Caldaina menciona a un tercer miembro del linaje Pimentel, también llamado Rodrigo, al que por orden sucesorio hemos de hacer corresponder con el cuarto conde de Benavente, don Rodrigo Alonso Pimentel (titular del condado entre 1451-1499), en quien la Casa de Benavente obtendrá el rango de ducado para sus estados (1473): “Aquel moreno de aquel rostro brabo y brabo vrío será el gran don Rodrigo, tan temido que aun a los [¿vecinos?] reinos querrá poner su yugo” (f. 100v). Habida cuenta de que el de Benavente participó activamente en los conflictos con Portugal durante la Guerra de Sucesión, llegando a quedar preso en la Batalla de Baltanás, así como ante la evidente omisión de un adjetivo que especifique la crítica referencia a los “reinos” que habría querido someter este conde, parece razonable suponer que la narración pretenda aludir al mencionado enfrentamiento

<sup>38</sup> “Si hubiera modo de tejer –sobre una misma línea– todas las ideas con las que se ha construido la memoria histórica del linaje desde los siglos finales de la Edad Media, nos hallaríamos con una estirpe portuguesa de antiguos orígenes galaicos, y de ancestros godos y romanos”, Fernández del Hoyo, M.: *De Portugal a Castilla. Creación y recreación de la memoria linajística en la casa condal de Benavente*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2013, p. 644. Por otra parte, un estudio actual sobre el verdadero origen de la familia Pimentel, nacido en la controvertida figura del noble portugués Vasco Martins (s. XIII), fue llevado a cabo hace unos años por el profesor Vasconcelos e Sousa, B.: “Os Pimentéis. Uma linhagem portuguesa dos séculos XIII e XIV”, en *El condado de Benavente. Relaciones hispano-portuguesas en la Baja Edad Media*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 2000, pp. 29-35.

<sup>39</sup> Para una sucinta consulta de la genealogía de esta casa, desde sus orígenes hasta el siglo XVII, resulta de gran ayuda el nobiliario de López de Haro, A.: *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, Madrid, Luis Sánchez, 1622, vol. III, pp. 128-137.

<sup>40</sup> Abarca, P.: *Anales históricos de los Reyes de Aragón*, Salamanca, Lucas Pérez, 1584, vol. II, p. 180.

<sup>41</sup> Para un detallado seguimiento de la evolución del señorío durante el gobierno del segundo conde puede consultarse el citado estudio de Beceiro Pita, *op. cit.* (nota 36), pp. 51-58. En cambio, para una aproximación a su interesante biografía puede consultarse la crónica de Ledo del Pozo, *op. cit.* (nota 22), pp. 279-286, y, especialmente, la tesis de Fernández del Hoyo, *op. cit.* (nota 35), pp. 381-405.

con el bando apoyado por el rey luso tras la muerte de Enrique IV. No obstante, también sería posible entender que el padre Daza pretenda traer a colación su conocida intervención en la guerra de Granada, dado que don Rodrigo asistió como grande a las capitulaciones de 1491<sup>42</sup>. En cualquier caso, lo cierto es que, descartado quien fuera el segundo conde, tan solo cabe atribuirle a este cuarto la descripción que de él hace la sabia Caldaina, en la medida en que su nombre no volverá a ser utilizado por ningún otro titular de la Casa de Benavente hasta la actualidad.

Transportándonos ya al siglo XVI, la vieja mora salta nuevamente a uno de los titulares del ducado, mencionando a continuación al que fuera el VI conde y III duque de Benavente (entre 1514-1575), don Antonio Alonso Pimentel de Herrera. Así lo asegura la certera alusión a su cargo como virrey y capitán general del reino de Valencia durante el gobierno de Felipe II (ejercido entre los años 1567 y 1572), así como el recuerdo a sus servicios junto al Emperador, al que efectivamente acompañó en sus distintos viajes europeos. Entre ellos nos constan las entradas de su Cesárea Majestad en Nápoles (1535) y en Roma (1536), a las que seguramente se refiere la estancia en Italia mencionada por Miguel Daza<sup>43</sup>: “Esse qu’está con esse cetro en mano es el que será excelentísimo virrey del balenciano reino, aquel qu’espantará a Italia con su presencia mostrando su balor y ilustrísima casa, el que acompañará aquel monarca que sará en su tiempo llamado Carlos V (que allá le varás, señora, en Sebilla pintado)” (f. 100v).

Paralelamente, el inquietante recuerdo que se hace a continuación de un “moço mal logrado” necesariamente ha de inspirarse en el hermano mayor del anterior, llamado Rodrigo Pimentel; por tanto, primogénito del V conde, Alonso Pimentel y Pacheco (titular del condado entre 1499-1514). Pues, ciertamente, el que fuera por orden de prelación heredero de la casa, si bien llegó a ser V conde de Mayorga, nunca pudo gozar de la posesión del ducado, tal y como indica el texto: “Ese hermoso moço mal logrado es el que morirá en años tiernos antes que tenga el cetro d’esta casa” (f. 100v). Ya que, al parecer, como relata también Fernández de Oviedo en sus *Batallas y quinquagenas*, “este murió en edad de seys años”<sup>44</sup>. Dato este que, a su vez, nos permite descartar que la evocación anterior esté relacionada con el efímero gobierno del siguiente titular, Luis Alonso Pimentel de Herrera, VII conde y IV duque (entre 1575-1576); puesto que, pese a lo prematuro de su fallecimiento, este personaje sí llegó a ponerse al frente de la casa<sup>45</sup>, razón por la que obligatoriamente hemos de retrotraernos a la mencionada figura de Rodrigo Pimentel.

<sup>42</sup> Para otros datos acerca del primer duque de Benavente véase: Beceiro, *op. cit.* (nota 36), pp. 183-232; Ledo del Pozo *op. cit.* (nota 22), pp. 293-30; Fernández del Hoyo, *op. cit.* (nota 37), pp. 381-405. Asimismo, sobre su persona y la de su sucesor, Alonso Pimentel (1499-1530), resulta muy interesante la lectura de sus semblanzas en Fernández de Oviedo, G.: *Batallas y quinquagenas*, Pérez de Tudela, J. (ed.), Madrid, Real Academia de la Historia, 1983, vol. I, pp. 119-136.

<sup>43</sup> Sobre este asunto, véase Fernández de Oviedo, *ibidem*, pp. 136-138; Ledo del Pozo, *op. cit.* (nota 22), pp. 309-311; Simal, *op. cit.* (nota 16), pp. 25-30. Para las referencias iconográficas que poseemos de este sexto conde resulta muy interesante el trabajo de Regueras Grande, F.: *Pimentel. Fragmentos de una iconografía*, Benavente, CEB “Ledo del Pozo”, 1998, pp. 46-51.

<sup>44</sup> “Quanto a lo demás de los hijos del señor conde e condesa de Benavente, si me han bien informado ovieron tres hijos e tres hijas. El mayor se llamó Rodrigo Alonso, y queste murió en edad de seys años”, Fernández de Oviedo, *op. cit.* (nota 41), p. 136. Véase también: Ledo del Pozo, *op. cit.* (nota 22), p. 307.

<sup>45</sup> Nacido en Benavente en el año 1551, murió sin descendencia a los 25 años de edad, tras haber gozado apenas un año de la herencia del ducado, véase Simal, *op. cit.* (nota 16), p. 30.



#### 4. Don Juan Pimentel, anfitrión de la caballería andante

Finalmente, la vieja mora se detiene largamente en la última de las tablas que se nos describirá, dedicada al “felicísimo conde y príncipe llamado don Juan Pimentel”, a quien podemos identificar con el titular del ducado por el tiempo en que el padre Daza redactó su obra: el VIII conde y V duque, Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco (titular del condado entre 1576-1621)<sup>46</sup>. Significativamente, la biografía de este personaje será la más concreta de cuantas se nos han ofrecido, como también la más extensa y elogiosa, como a continuación podrá apreciarse:

Es’ es el felicísimo conde y príncipe llamado don Juan Pimentel, de cuyas virtudes, balor, esfuerço, gallardía, gentileça y vrío quisiera tener tiempo para decir algo; de su mucho balor solo os sé decir que todas las obras de los balerosos príncipes antecesores suyos así quedarán dichas en su comparación cual las de los macedones cuando reinó Alexandro. Será tanto su celo de virtud y constancia en la fe y en obras heroicas que como dechado de esclarecidos príncipes será tenido en España. Será tan baleroso en las armas que en ellas, siendo ilustre capitán general de aquel invicto Filipo II, d’este nombre trairá la convecina gente con su mucho balor y discreción a la obediencia de su r[e] y rendida; ni le atemorizarán las bandas del enemigo bando apercevidas, ni aquel baronil pecho jamás temor allará posada. Será clemente, pío, afable, manso, humilde y, con esto, para el malo riguroso.

Tendrá por compañera aquella hermosa moça mal lograda que tiene aquella luna debaxo de los pies en el escudo. ¡Ay, Dios! –dixo la viexa– que la inexorable Parca cortaré el ilo d’esta hermosísima señora siendo de virtud, de onest[i]dad, de balor y de hermosura un cristalino espexo dado al mundo. Quedarán antes que muera de ella dos sucesores, que son aquel caballero y aquella dama que agora comienço a pintar; y estoy temblando, que vien sé que no llegará el pincel a poner la menor parte en que en ellos se á de allar (f. 100v).

De la semblanza anterior, llama la atención, en primer lugar, que este sea el único conde del que se nos proporciona su nombre completo, “Juan Pimentel”, lo que permite su inequívoca individualización por no existir otro duque así llamado durante el siglo XVI. En cualquier caso, la detallada relación de sus desposorios termina de despejar todas las dudas, por cuanto la “hermosa moça mal lograda que tiene aquella luna debaxo de los pies en el escudo” no puede sino corresponderse con aquella por la que el condado de Luna y el título de Merino Mayor de León y Asturias quedarían agregados a la Casa de Benavente. Nos referimos a Catalina Vigil de Quiñones, VI condesa de Luna, Merina Mayor de León y de Asturias, hija de Luis Vigil de Quiñones, V conde de Luna, fallecida tan solo cinco años después de haber contraído matrimonio con el que estaba a punto de convertirse en conde-duque de Benavente (m. en 1574). No en vano, su modesta descendencia, concretada en un “caballero”

<sup>46</sup> Para una memoria más detallada de su biografía, véase: Ledo del Pozo, *op. cit.* (nota 22), pp. 313-318. Asimismo, sobre su representación iconográfica puede consultarse el artículo de Regueras Grande, *op. cit.* (nota 43), pp. 51-58; mientras que sobre su papel como patrono y mecenas debe acudir al estudio de Simal, M.: “Don Juan Alfonso Pimentel, VIII Conde-Duque de Benavente, y el coleccionismo de antigüedades: inquietudes de un Virrey de Nápoles (1603-1610)”, *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, 164 (2005), pp. 31-49.

y una dama que cabe suponer más pequeña que aquel –por cuanto es pintada con posterioridad–, se ajusta a la perfección al perfil de los dos hijos que el VIII conde tuvo con Catalina: el primero, un varón, llamado Antonio Alonso Pimentel y Quiñones, sucesor de su padre (m. en 1633); la segunda, una niña, a consecuencia de cuyo parto perdió la vida la condesa, llamada María Pimentel y Quiñones (m. en 1642), casada posteriormente con su primo, Luis Fajardo y Requesens, IV Marqués de los Vélez y III Marqués de Molina.

Frente a la exactitud de estos apuntes, su retrato como “ilustre capitán general de aquel invicto Filipo II” requiere de mayor atención, en la medida en que don Juan Pimentel ostentó esta distinción en diversas ocasiones. Las más conocidas guardan estrecha relación con sus sucesivos cargos de virrey, primero en Valencia (1598-1602) y después en Nápoles (1602-1610); sin embargo, sendos mandatos presentan el inconveniente de ser posteriores tanto al reinado de Felipe II mencionado en el texto, como a la fecha de composición de nuestro manuscrito (1583). Por ello, se hace necesario encontrar un momento anterior en el que el VIII conde hubiese podido desempeñar el papel de capitán general, bajo el encargo del segundo de los Austrias. En este punto, la clave determinante nos la da la referencia a la “convecina gente” a la que trae “con su mucho balor y discreción a la obediencia de su r[e]y rendida”, descripción que nos trae rápidamente a la memoria su participación en la guerra con Portugal de 1580: fecha, esta vez sí, absolutamente coherente con los límites cronológicos impuestos por nuestro testimonio, con los que se justifica al mismo tiempo la ausencia de referencias a episodios posteriores, que, sin duda, constituyen importantes méritos en su biografía.

Esta decisiva colaboración en el conflicto con Portugal es evocada con orgullo por el propio conde-duque en su testamento: “Comencé [...] en el asunto de la Corona de Portugal guarneciendo sus fronteras, que confinan con mis tierras, con ocho mill infantes y seiscientos cavallos”<sup>47</sup>. Datos que confirman los distintos historiadores de la casa, desde Domingo de Acargorta hasta Ledo del Pozo, quien nos dice que el conde juntó sus fuerzas en la Puebla de Sanabria, “con las cuales penetró en Portugal, sometió a Braganza y ocupó la fortaleza año y medio, dominando desde el otro lado de los montes de Galicia hasta Zamora”<sup>48</sup>. De manera que, habida cuenta de la importancia que la unión de Portugal representó para las aspiraciones universalistas del reinado de Felipe II, resulta comprensible que el autor haya querido poner en primer plano la reciente implicación personal y económica del VIII conde-duque en dicha contienda, en tanto que credencial privilegiada de los méritos del conde a ojos de la nobleza y de su propio monarca. En este sentido, no puede olvidarse el valor simbólico de los territorios mencionados, en tanto que cuna del reino portugués<sup>49</sup>. Estamos, pues, ante la discreta conmemoración literaria de una victoria

<sup>47</sup> Simal, *op. cit.* (nota 16), p. 34.

<sup>48</sup> Ledo del Pozo, *op. cit.* (nota 22), p. 313. La obra de Domingo de Acargorta, *Origen de los excelentísimos señores condes duques de Benavente y su apellido Pimentel* (s. XVII), se conserva manuscrita en un volumen misceláneo de la BNE (ms. 11569, ff. 122v-164v). Acerca de la participación del conde en el conflicto de Portugal, consúltese el f. 159v. Berdum de Espinosa, I.: *Derecho de los condes de Benavente a la grandeza de primera clase*, Madrid, Francisco Lorenzo Mojados, 1753, f. 102v.

<sup>49</sup> Acerca de la unión del reino de Portugal a la Corona española, resulta fundamental la consulta de: Rodrigues Pimentel, A.: *A ocupação de Portugal por Felipe II. Novos elementos para o seu estudo*, Coimbra, [Tipografía “O Penafidense”], 1962; Bouza, F.: *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal católico*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1987; Valladares, R.:

profusamente celebrada en todas las artes; alentada, esta vez, por intereses de índole particular, vinculados con la construcción de la imagen de la Casa de Benavente, a la que nuestro autor quiere presentar en relación con uno de los acontecimientos más prestigiados del gobierno del segundo de los Austrias –en tanto que culmen de la estratégica política matrimonial auspiciada un siglo atrás por los Reyes Católicos–, sirviéndose de un género especialmente propicio para la exaltación de una caballería todavía efectiva.

Así las cosas, despejada la identidad de este conde, conviene esclarecer ahora si este pudiera constituir el correlato histórico de Briaseldo Pimentario. Pues parece razonable suponer que el conde que presta su palacio a los monarcas españoles se identifique con aquel que la mora Caldaina ensalza por encima de los demás; máxime cuando este se corresponde con el titular de la Casa de Benavente en el momento de composición del *Caballero de la Fe*. En favor de estas consideraciones puede unirse un último detalle aportado por la narración, que manifiesta una estrecha armonía con la hipótesis anterior: nos referimos al dato que apunta que “la hermosa Briseida” estaba “recién casada con Vriaseldo Pimentario” (f. 100r). En nuestra opinión, esta información podría venir a completar la biografía de don Juan Pimentel, en la medida en que, si trasladamos las referencias a la realidad más inmediata de nuestro autor, Briseida podría relacionarse con la segunda esposa del duque, su prima Mencía de Zúñiga y Requesens, hija de Luis de Requesens y Zúñiga, con la que el conde-duque de Benavente contrajo matrimonio en 1582. Como puede apreciarse, esta interpretación nos situaría precisamente en un momento cercano a la fecha del colofón de nuestro manuscrito, es decir: diciembre de 1583. Lo que explicaría a su vez que nuestra obra todavía no haga mención a ningún miembro de la numerosa prole que el duque engendró junto a doña Mencía.

## 5. Conclusiones

A la luz de todos los datos expuestos hasta aquí, parece poder confirmarse que Miguel Daza guardase una relación directa y cercana con la Casa de Benavente, cuya fortaleza zamorana hubo de visitar personalmente en algún momento. Su vinculación con este linaje parece concretarse en la persona de su octavo titular, con quien debió de trabar contacto necesariamente en los primeros años de su gobierno, ya que nuestra obra se cerró apenas unos años después de que este obtuviera la posesión del ducado, en 1576: en consecuencia, antes de que don Juan de Pimentel ocupase los grandes cargos que habrían de asignarle tanto Felipe II como sus sucesores. Asimismo, habida cuenta de que, como ya avanzamos, el retrato de este personaje es el único que irrumpe en nuestra obra absolutamente despojado del velo de la ficción en clave –pues el narrador se refiere a él directamente como “Juan Pimentel”–, así como teniendo presente el decidido homenaje que el padre Daza le dedica, reconstruyendo la historia completa de su linaje –algo que excede con creces las atenciones dedicadas al resto de nobles que aparecen en la ficción–, parece aconsejable entender que nuestro libro estuviese dirigido a él en primer término. En este sentido, los preliminares perdidos del único manuscrito conservado del *Caballero de la Fe* tal

vez hubieran podido aportarnos informaciones decisivas, en la medida en que en ellos podríamos haber encontrado alguna dedicatoria del autor que confirmase por completo esta hipótesis<sup>50</sup>.

Sea como fuere, su persona se dibuja nítidamente en el horizonte inmediato de recepción de la obra; puesto que, en tanto que nuevo Alejandro, el padre Daza convierte a Juan Pimentel en flor de la juventud de su tiempo, en quien la Casa de Benavente se presenta digna de aspirar a los primeros puestos de la corte filipina –ahora más cercanos, por la proximidad de la importante figura de Juan de Zúñiga con la familia, en virtud del segundo matrimonio del conde–. Su aparición como personaje literario contribuye directamente en esta dirección, por cuanto sus virtudes caballerescas –asimiladas de paso a las de los caballeros cruzados protagonistas de la obra– se amplían con las propias del hombre letrado, figura con la que el VIII conde-duque queda inmediatamente relacionado gracias a la escritura del padre Daza, en un momento en el que la formación intelectual resulta fundamental para medrar en la corte<sup>51</sup>. Bajo su encargo –o, por el contrario, en busca de mecenazgo literario–, por simple divertimento o con motivo de la conmemoración de algún evento cercano –como pudieran ser las recientes nupcias entre Juan Pimentel y doña Mencía–, Miguel Daza escribe una fábula caballeresca destinada a ser descodificada en primera instancia por un círculo de lectores cercano y favorable a la Casa de Benavente. Un público de alta alcurnia, interesado por las ficciones caballerescas, tal vez unido bajo el marco de una Academia que gozara del abrigo del alcázar beneventano, en cuyos jardines no resulta descabellado imaginar a Juan Pimentel escuchando la lectura de este fragmento junto a otros nobles del lugar, como aconteciera en el cenáculo del Duque de Alba<sup>52</sup>.

A este propósito, no resulta baladí recordar cómo precisamente otro artífice de libros de caballerías, el erasmista Antonio de Torquemada, estuvo al servicio de la casa durante casi cuarenta años como secretario del VI conde (1506/1510-1568), don Antonio Alonso Pimentel (1530-1570). Su presencia en el palacio guarda estrecha relación con la dimensión letrada con la que los Pimentel buscaron completar su imagen caballeresca desde sus inicios, mediante el mecenazgo de distintos humanistas, la reunión de una abundante biblioteca y la configuración de una amplia

<sup>50</sup> Podemos asegurar la pérdida de al menos un folio para el inicio del prólogo (cuya parte final se conserva en el f. Ir), así como de algunos folios que completasen la tabla de materias (que ocupa únicamente el recto y el vuelto del f. II), en la medida en que esta tan solo recoge referencias correspondientes al segundo libro, además de presentarse sin rúbrica inicial.

<sup>51</sup> Para un panorama de las en la época que nos ocupa relaciones entre la nobleza y la esfera literaria, resultan esclarecedores los siguientes trabajos: Martínez Hernández, S.: “Memoria aristocrática y cultura letrada. Usos de la escritura nobiliaria en la Corte de los Austrias”, *Cultura Escrita y Sociedad*, 3 (2006), pp. 58-112; Martínez Hernández, S.: “En la corte la ignorancia vive [...] y [...] son poetas todos. Mecenazgo, bibliofilia y comunicación literaria en la cultura aristocrática de corte”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 35 (2010), pp. 36-57; Bouza, F.: *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 241-288.

<sup>52</sup> En este contexto creemos que pueden entenderse mejor la profusa aparición de ficciones en clave en el último tercio del siglo XVI: “Una parte considerable de la prosa novelística de la época puede ser mejor entendida, tanto en su forma –o, a veces, su ausencia de forma–, si el lector tiene algunos conocimientos sobre ese importante factor del ambiente del periodo, la academia literaria”, King, W. F.: “Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII”, Madrid, RAE (Anejo X del BRAE), 1963, p. 10. Acerca del mundo de las academias resultan indispensables los trabajos de Pérez de Guzmán, J.: “Bajo los Austrias. Academias literarias de ingenios y señores”, *La España Moderna*, 71 (1884), pp. 68-107; Sánchez, J.: *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Madrid, Gredos, 1961; que pueden completarse a partir de la bibliografía elaborada por Barella, J.: “Bibliografía: Academias literarias”, *Edad de Oro*, 7 (1988), pp. 189-95, <http://dx.doi.org/10.15366/edadoro1988.7>.

colección de arte —a la que don Juan Pimentel contribuyó de manera decisiva, siendo calificado por Burke como el primer gran virrey coleccionista del siglo XVII<sup>53</sup>—. A tenor del carácter religioso de nuestro autor y de su formación universitaria, es posible pensar que el padre Daza ejerciese de capellán de los condes o, mejor, imaginar que tomase el relevo a Torquemada como intelectual al servicio de la casa —en cuya biblioteca pudo consultar algunos de los libros que maneja profusamente en la obra, como la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540)—. De lo que no cabe duda es de que la faceta de hombre de letras del VIII conde, visible en su condición de mecenas y coleccionista, hace razonable que podamos suponer la existencia en torno a su persona de un círculo de intelectuales entre los que bien pudo contarse Miguel Daza. Junto a ellos don Juan Pimentel pudo proyectar un deseado equilibrio entre armas y letras, en tanto que patrono o dedicatario de sus obras. En este ambiente, la recreación literaria de la historia de su linaje en el interior de uno de los géneros más exitosos del momento debió de satisfacer con creces las expectativas del conde, como lector y como político.

Por todo ello, creemos necesario replantear la relación que los fantasiosos libros de caballerías establecen con la historia, reivindicando la ficción en clave como ingrediente de originalidad propio también del corpus caballeresco. Asimismo, consideramos conveniente subrayar el carácter determinante que esta dimensión cifrada pudo tener en la difusión manuscrita de algunos de sus títulos —lo cual nos permite profundizar en la compleja casuística de este tipo de transmisión estudiada por Lucía Megías<sup>54</sup>—, como también la importancia que las ficciones en clave ofrecen como fuentes para el estudio de las relaciones entre la aristocracia y el mundo letrado, en tanto que soportes de su representación literaria y crónicas del ambiente cultural de su tiempo. Por último, estimamos oportuno tener en cuenta la influencia que la inclusión de esta geografía real y cercana en el género caballeresco pudo tener en el nacimiento de una ficción tan brillante como la pergeñada por Cervantes, en la que, nuevamente, un caballero andante recorrerá las llanuras castellanas.

<sup>53</sup> Véase BURKE, M. B., y CHERRY, P.: *Collections of Paintings in Madrid, 1601-1755*, Los Ángeles, Provenance Index of the Getty Information Institute, 1997, vol. I, p. 121. Los Pimentel participaron desde el principio de este proceso de unión de las armas y las letras en la imagen del perfecto caballero: así, el segundo conde llevó a cabo un extracto de tres Décadas de Tito Livio (1439), mandando copiar para sí diversos manuscritos históricos al notario de Benavente (1450); mientras su sucesor compondría diversas letrillas conservadas en un *Cancionero* de la segunda mitad del XV. De él conservamos un inventario de su librería, perfectamente estudiado por Isabel Beceiro Pita, para quien el contenido de las obras recogidas manifiesta todavía un fuerte influjo escolástico; véase Beceiro Pita, I.: “La biblioteca del conde de Benavente a mediados del siglo XV y su relación con las mentalidades y usos nobiliarios de la época”, *En la España medieval*, 2 (1982), pp. 135-146. Del IV conde, don Rodrigo Alonso Pimentel, sabemos de su relación con varios hombres de letras que le dedicaron sus obras, de entre los que destaca Lucio Marineo Sículo, por sus elogios a la biblioteca de los Pimentel y al gusto del don Rodrigo por la filosofía. Amistades que continuaría el V titular, a quien Fray Antonio de Guevara calificaría de “curioso lector” en sus *Epistolas familiares* y de cuyo inventario de bienes *post mortem* se deduce también una marcada bibliofilia, en la que destacan las obras de temática religiosa; véase Beceiro Pita, I.: “Los libros que pertenecieron a los condes de Benavente, entre 1434 y 1530”, *Hispania*, 155 (1983), pp. 185 y 203. Por último, de la adquisición de numerosos trabajos de humanistas italianos y españoles, en buena parte durante el gobierno del VI y el VIII conde, da buena cuenta un inventario de 1633, redactado con motivo del traslado de los libros de la fortaleza al palacio de Valladolid. Véase Herrero, M.: “La biblioteca del conde de Benavente”, *Bibliografía Hispánica*, 37 (1942), pp. 18-33.

<sup>54</sup> Lucía Megías, J. M.: *De los libros de caballerías manuscritos al “Quijote”*, Madrid, Sial, 2004.